

Ética y política

por Luis Del Castillo

El autor

Obispo auxiliar de Montevideo;
fue rector de la Universidad
Católica del Uruguay

En un día como hoy hace 14 años moría acribillado en la ciudad de San Salvador Monseñor Oscar Arnulfo Romero. Un obispo que, a lo largo de mucho tiempo, con el testimonio de su vida y con su palabra intentó orientar a un país que en grave crisis vivía una guerra civil. Fue víctima de su mismo esfuerzo de pacificación y de dar una orientación ética al quehacer político de ese país.

Esta mañana la noticia internacional más impactante fue que el candidato del Partido Revolucionario Institucional en México había sido víctima de un atentado. No creo que las autoridades de la Universidad hayan pensado el tema de esta lección inaugural en función del día. Sí en función del año, por la preocupación que a todos nos cabe por una política que se desarrolla cada vez más alejada de cauces éticos y por una palabra de orientación o de iluminación de ese quehacer, que tiene pocos espacios para pronunciarse.

El sentido entonces de esta clase inaugural del año 1994 es decir una palabra en este foro, no en el contexto mundial, ni siquiera latinoamericano, sino tratando de que sea una palabra en el contexto uruguayo. Con orientaciones y desafíos concretos como respuesta a situaciones que creo verificamos en el quehacer político, son muchos los que en nuestro medio se encargan de hacer el análisis político. No vamos a hablar hoy entonces como politólogos, sino simplemente como lo que somos: integrantes de una comunidad de fe que tiene una concepción muy definida, muy clara de quién es el ser humano y, en función de eso, cuál debe ser la sociedad que mejor ayude, que mejor contribuya al crecimiento integral de este ser humano.

En principio, la actividad política, por ser esencial en un sistema democrático, tiene una concepción ideal y positiva. Los partidos políticos son los canales legítimos de articulación y expresión de los intereses de los diversos sectores de una sociedad. Es en la instancia política donde se toman

las decisiones que afectan al conjunto de la sociedad. Por esencia, la política es una actividad de servicio público. Los políticos por definición y por su actividad son servidores públicos. Tienen la función de representar a la totalidad de la sociedad y aun con los nombres que llevan en los cargos que ejercen muestran este sentido de servicio. En el Poder Ejecutivo hablamos de alguien que preside la ejecución de la administración pública y hablamos de sus ayudantes como servidores, como ministros. Los ciudadanos que se dedican a este quehacer en principio tan noble tienen que dedicarle mucho tiempo, gran parte de su vida. Esta dedicación a la política requiere de ellos inevitables sacrificios. Además del tiempo, muy a menudo el ejercicio de esta profesión se realiza a costa de la salud, de la vida privada personal y, sobre todo, de la vida familiar.

A través de la historia, pero sobre todo en la historia reciente, en la historia de la democracia, la política ha sido considerada como una de las más nobles actividades humanas, por el grado de generosidad en el servicio al prójimo y el compromiso con el bien común que implica. Sin embargo, todo esto que decimos como definición, como principio, no es lo que experimenta la opinión pública. Quisiera leerles una cita de una publicación reciente, y voy a dejar que adivinen cuál es:

"El juicio ciudadano respecto de la política y los políticos suele estar muy distante de estas consideraciones positivas. En nuestro país, las encuestas muestran sistemáticamente un juicio negativo de la opinión pública al respecto. En algunos casos se expresa en una actitud de crítica y en otros en un comportamiento de prescindencia. Esta última posición es particularmente dominante en el caso de los jóvenes que, al parecer, no están 'ni ahí' con la política. Se ha dicho que alrededor de 700.000 jóvenes con derecho a sufragio no se han inscrito aún, por lo que el gobierno ha realizado una campaña televisiva llamándolos a inscribirse. Sin embargo, hay investigaciones que muestran que la participación de los jóvenes en relación con los años sesenta ha disminuido en el campo de la política, pero se ha incrementado en otras organizaciones sociales. De manera que esta renuencia a inscribirse por parte de los jóvenes no estaría expresando estrictamente un rechazo a la participación social en general, sino un juicio crítico respecto de la política, tal vez sobre la política partidista o acerca de la práctica política, esto es, el modo dominante de hacer política".

Hay gente que trata de mirar por arriba de la mesa para ver qué color tiene la publicación y qué formato para ubicarla. Difícilmente la ubiquen porque es una publicación chilena. Es un artículo publicado en diciembre del año pasado. Podríamos decir que salvo un dato (no son 700.000 jóvenes, son un poco menos), el resto de la descripción de la situación se aplica tal cual a nuestro país.

Compartimos entonces del quehacer político y de los políticos en particular una definición positiva. Servidores, sacrificados, gente que tiene mucha vocación para dedicarse a lo que hace. Gente imprescindible para la buena marcha de la democracia. Y por otro lado una imagen práctica, concreta, real, muy desvirtuada, muy desdibujada de las mismas personas, de la misma actividad.

Podemos afirmar que si peligra la política puede peligrar la democracia. La democracia necesita de esta organización de partidos y necesita de ciudadanos que realicen esta tarea con la claridad, con la honradez, con la justicia, con la dimensión ética que cada nación, cada país necesita. El nuestro no es excepción. No puede dejarnos indiferentes el que los partidos y los políticos tengan esa imagen desvirtuada o de desprestigio en nuestro medio, porque no es un problema de cualquier grupo aislado que por su modo de actuar puede haberse desprestigiado. El que los políticos y la política sufran de esta circunstancia afecta nuestro modo de gobernar. En estos días se está acentuando la comunicación con relación a los partidos y los candidatos en los medios radiales. Ayer tuvimos la presentación de un libro que era fruto de este ejercicio, en la televisión y la prensa. En todos estos medios vemos cómo para el paisaje de nuestro país se está desdibujando el perfil de los partidos y de los ciudadanos que ejercen la política. Podemos pensar que no es ajeno al deterioro de la imagen pública un ejercicio de sillas musicales al que estamos asistiendo en este momento. Un ejercicio de juego de posiciones de los ciudadanos políticos en los partidos y sus distintos segmentos que desconcierta a la opinión pública y desinteresa no sólo a los jóvenes, también a los que no lo somos tanto.

Hace poco tiempo, en un encuentro en la ciudad de Washington en el que se estudiaba la perspectiva de nuestro continente, uno de los panelistas expresó lo siguiente:

"En la sociedad actual, la ética es una herramienta de supervivencia. Hay una cantidad de ejercicios de supervivencia, teniendo en cuenta que hay distintas zonas de la tierra en las que la vida humana se hace difícil. Se hace difícil por la relación del ser humano con la naturaleza; se hace difícil también por la relación de los seres humanos entre sí. Por la creciente violencia y una violencia a veces ciega que golpea a cualquiera en cualquier lugar. En este contexto se buscan herramientas de defensa, herramientas de defensa del ambiente y también de defensa personal. Estrategias para sobrevivir en la jungla. En la jungla exfoliada, la jungla que ya no da los nutrientes que la raza humana necesita, y en la jungla de asfalto, donde los seres humanos tampoco pueden convivir en paz".

Entre las herramientas propuestas para sobrevivir sobre nuestro planeta se mencionó, como una herramienta clave, la ética, la conducta moral. Si mirarnos a nuestro alrededor (a riesgo de tremendas injusticias al citar algunos ejemplos

y no otros), si miramos lo que sucede en el sistema político italiano, si recordamos la Rumania de Ceaucescu, si más cerca de nosotros recordamos la situación de Collor de Mello en Brasil y si leemos los titulares de estos días en relación con la situación que se le plantea al presidente Clinton por un problema ético, nos damos cuenta de hasta qué punto la corrupción y la falta de conducta ética del político o de los partidos produce un desastre que puede ser a veces personal, pero a menudo es colectivo porque pone en situación de riesgo al sistema democrático como tal. Hablar hoy de ética en el campo de la política es proponer a los políticos una herramienta de supervivencia y a todos los que vivimos en democracia un camino ineludible a transitar para que este sistema de gobierno también pueda sobrevivir.

En un discurso del papa Juan Pablo II, no muy lejos de acá, en un encuentro con los constructores de la sociedad pluralista en Salvador de Bahía, decía:

"En el punto de la ética la Iglesia pretende respetar las atribuciones de los hombres públicos; no pretende entrometerse en la política, no aspira a participar en la gestión de los asuntos temporales. Su contribución específica será la de fortalecer las bases espirituales y morales de la sociedad, haciendo lo posible para que toda y cualquier actividad en el campo del bien común vaya en sintonía y coherencia con las directrices y exigencias de una ética humana y cristiana... Este servicio, aun teniendo como objeto la realidad concreta realizada en común, es ante todo un servicio de formación de las conciencias: proclamar la ley moral y sus evidencias, denunciar los errores y los atentados a la ley moral, a la dignidad del hombre en que se basa, esclarecer, convencer.. A ustedes, líderes y militantes políticos, quiero recordar que el acto político por excelencia es ser coherente con una vocación moral y fiel a una conciencia ética que, más allá de los intereses personales o de grupos, mire hacia la totalidad del bien común de todos los ciudadanos"[Juan Pablo II, Salvador de Bahía, 6 de julio de 1980].

Esta responsabilidad que asume el Papa y que nos invita a asumir a todos los cristianos en la sociedad en que estamos, como un servicio a la democracia, no es una invitación a la crítica por la crítica misma. No podemos tirar la primera piedra. Deberíamos preguntarnos (y esta es la contratara de la ética de los políticos) cuál es la ética de los ciudadanos que elegimos. Podemos preguntarnos en este momento qué lugar ocupa, entre los criterios que estamos manejando para ir decidiendo a quién votar en noviembre, la preocupación por la moral, la moral del candidato, la moral de la plataforma política, la moral del quehacer del partido. No podemos recordar experiencias negativas ni podemos echar en cara a nadie nada si no empezamos por reconocer nosotros nuestra propia responsabilidad. No podemos reprochar a

un candidato elegido su falta de moralidad si los que tuvimos la oportunidad de designarlo representante en su momento no tuvimos para nada en cuenta esta dimensión de su programa y de su vida.

El presidente Bernardo Berro, en un escrito que ya tiene más de un siglo, hablaba de una forma que quizás no estamos acostumbrados a escuchar en el día de hoy, respecto a la dimensión ética del ciudadano. Proponía para el ciudadano —por lo tanto para el elector, por lo tanto para cada uno de nosotros— una conducta basada en una ética. En su caso no era una ética cristiana por cierto. Bastantes conflictos tuvo con nuestro primer obispo. Pero dice Bernardo Berro:

"El perfecto ciudadano ama a su patria y a sus conciudadanos como un hijo ama a su madre, como un hermano a sus hermanos, sin excluir de este amor a los que pertenezcan a diferente partido u opinión. Mantiene siempre el alma limpia de todo odio y de toda afición apasionada, conservándola constantemente elevada en la más sublime región de la imparcialidad. Respeta todas las opiniones sin dejar de estar asido fuertemente a la suya, pero reprueba con indignación la inmoralidad, los vicios, los hechos criminales. En cambio tributa toda clase de honras y veneraciones a la virtud. Aprecia la verdad donde quiera que la encuentra; detesta la mentira y el engaño, por más engalanado que se lo presenten. Renuncia solemnemente a toda idea de lucro o de adelanto propio en las cosas públicas. Jamás toma parte voluntaria de la guerra civil, ni se mancha con una sola gota de sangre de sus hermanos. [Esta era una preocupación muy fuerte del presidente Berro en ese momento y toda su vida política luchó en contra de los conflictos armados que aquejaban a nuestro país en su tiempo.] Prefiere la honradez, la rectitud, a los talentos más brillantes; respeta y obedece los gobiernos establecidos, pero sin ayudar jamás sus iniquidades. Finalmente, con la oliva de la paz en la mano y el código de sus deberes sobre su cabeza, marcha por un sendero de luz en busca de la felicidad de su patria"[Bernardo P. Berro: Catecismo de la doctrina puritana y cimentadora].

Esta especie de ideario del ciudadano que nos viene del siglo pasado y de uno de nuestros presidentes más honrados (a pesar de los conflictos que tuvo con la Iglesia) nos invita a pensar antes de proponer desafíos a los ciudadanos que asumen el quehacer político: pensar primero en nuestra propia responsabilidad ética.

Para estos desafíos a plantear en el terreno de la ética, a los ciudadanos que este año se presentan como candidatos para representarnos y para asumir la conducción de nuestro país quisiera ofrecer un enfoque positivo. Quizás uno de los motivos que hace que la política y los políticos estén padeciendo esta situación de deterioro sea que hemos vaciado este quehacer de su idealismo, de su mística. Vaciamos el discurso político de su identidad

como ideal, como utopía.

Decía Joaquín Suárez en carta a Andrés Lamas el 26 de julio de 1855:

“Yo creo para mí que la principal base, la primera de todas para mejorar nuestro país es la fraternidad entre sus hijos y el sincero deseo que todos deben tener para hacer el bien del país, cada uno en el lugar que se encuentre en la sociedad. [...]

Esta conducta, el roce de unos y otros y el cambio de ideas de ambos acabaría por inspirar confianza y estímulo para imitar y seguir el pensamiento de justicia e interés público que se adoptase. [...]

Se ha perdido la moral y el brío de la dignidad del hombre que es el estímulo que dejan las buenas acciones del ciudadano cuando hace el bien común”.

El político en realidad es un guía. La palabra inglesa nos dice que es el que lidera, el que va adelante. Es el que convoca y guía. Podríamos recordar a muchos políticos que han liderado pueblos enteros, podríamos recordar el liderazgo de José Artigas al convocar al pueblo y llevarlo lejos, a una vida incierta, pero en defensa de un ideal muy concreto. Quizás aunque flamea todavía hoy en todos los espacios públicos, no tengamos inscrito en nuestra bandera cotidiana, en la bandera de nuestro corazón, un ideal tan desafiante como el de libertad o muerte.

Han ido cayendo en los últimos tiempos muchas utopías. El resultado es un pragmatismo como respuesta al quehacer político. Un pragmatismo con innegables aspectos positivos, porque hay que encontrar caminos posibles, reales, no utópicos e irrealizables. Aquellos que la circunstancia histórica del país y de la comarca permita para llevar a la nación de la situación concreta en la que se encuentra a situaciones de mejor calidad de vida para todos los ciudadanos. Para mejorar en calidad no alcanza con palabras ni alcanza con ideas. Justamente, la responsabilidad del político es plasmar en hechos sus ideales y propuestas.

Desafiaríamos a nuestros políticos a juntar estos dos elementos, a no quedar atados en un realismo pragmático que es evidentemente necesario pero que no es suficiente para convocar al pueblo, para despertar la imaginación, para mover a la acción.

Necesitaríamos visionarios prácticos, personas que junten estos dos extremos, que nos animen y nos alienten con la visión de situaciones mejores para la nación y que propongan (y además sean capaces de llevar a cabo) caminos concretos y reales para alcanzar esos mismos ideales.

El político tendría que ser, por eso, un inspirador, que reúne muchas cosas. En parte su papel es el de un filósofo: tiene que ser un pensador, tiene

que ser alguien que vea más allá de la inmediatez de las cosas de todos los días. Es necesario que para hacer sus propuestas y llevarlas a cabo tenga una concepción clara del ser humano y una concepción clara de la sociedad. Además es necesario que sea un educador. Si recordamos un líder fundamentalmente religioso, como Moisés, vemos cómo, además de proponer un sueño, a lo largo de mucho tiempo, de muchos años, es el educador del pueblo que el Señor le encarga. Es el que etapa tras etapa tiene que corregir sus desvíos, sus errores, sus desalientos. Es el que despierta en el pueblo nuevos ideales, les propone nuevas metas. Por último, también es un gerente. Es un gerente de recursos humanos y es un gerente de recursos materiales.

Para poder hoy retomar el entusiasmo de la gente, para poder hoy retomar el entusiasmo de la gente, para poder recuperar la opinión pública, para poder convocar nuevamente a la juventud, pienso que nuestros políticos tienen que reunir algo de todas estas cosas. Para ser visionarios prácticos tienen que retomar su rol de filósofos, de educadores y de gerentes.

Plantearía algunos desafíos a estos conciudadanos nuestros que asumen este riesgo y esta tarea. El desafío de la justicia, el desafío de la verdad, el desafío de la participación y el desafío de la dimensión espiritual del ciudadano, del ser humano. Está claro que en la vida personal del político y en el quehacer de los partidos, el bien común debe estar siempre por encima del bien sectorial y del bien particular. Aquí quisiera recordar unas palabras de Emilio Frugoni en la Cámara de Representantes el 24 de junio de 1914. Había en ese momento un proyecto de monopolio de la industria tabacalera y quien aparecía como único concesionario de ese monopolio público era miembro del Parlamento. En esta coyuntura define Emilio Frugoni su ideal de ética, imprescindible para participar de la Cámara de Representantes:

"La ley no haría falta si el principio de moral que debe regir todos los actos de un representante de la nación se asentara y se proclamara con fuerza bastante, como para que por sí solo pudiera indicar en todas las cosas la única norma de conducta aceptable, que es aquella en que los intereses personales no aparecen comprometiendo en lo más mínimo la independencia y la rectitud de criterio de quienes tienen en sus manos los intereses colectivos. Ese principio debería bastar para impedir que desde la posición política que un representante ocupa se hicieran gestiones evidentemente reñidas con las exigencias del cargo. Creo que el caso al que ahora me refiero es uno de los más típicos y característicos de este estado de conciencia pública, que se manifiesta por un absoluto desconocimiento del concepto sano y verdaderamente moral que debe regir en la materia. Con ese caso tocamos sin duda alguna la cúspide de esa que yo llamaría amoralidad política, en virtud de la cual entre nosotros pasan por lícitos y corrientes muchos casos que en cualquier otro

contexto inutilizarían políticamente a un hombre. Yo creo que a los legisladores no solamente debemos exigirles que sean honestos en todas las manifestaciones de su vida pública, sino que además debemos exigirles que demuestren, que revelen, que aparenten lo que son, porque tratándose de tan alto cargo, es necesario, es imprescindible no tan solo la existencia real de la honestidad misma, sino que también es imprescindible la apariencia de esa honestidad. Para que el pueblo pueda depositar ampliamente toda su confianza en aquellos que en su nombre van a resolver y a decidir las cuestiones que afectan a la suerte y a los intereses de todos” [Obras de Emilio Frugoni, t. III: Selección de discursos. Años 1913–1914. Cámara de Representantes. Montevideo, 1988. p. 180–181].

Desde los principios del siglo escuchamos en esta voz ciudadana y de un político de larga trayectoria, la preocupación por el bien común por encima del bien sectorial y, sobre todo, del bien particular.

Un segundo desafío que plantearía a nuestros conciudadanos que quieren asumir esta tarea este año es el desafío de la verdad. Ni en el siglo pasado ni a principios de siglo se escuchaba la expresión “doble discurso”, pero hoy es corriente. Lamentablemente estamos acostumbrados a que se hable para el auditorio, que el político y los partidos se conviertan en productos de consumo. La política de la sociedad de consumo resulta como un artículo más que se regula por las leyes del consumo. El político está tentado de hacer un estudio de mercado y ver qué es lo que el consumidor prefiere y en función de eso hablar. Aunque su ideal personal, su ideal partidario y el camino concreto que piensa utilizar para poner ese ideal en práctica no tenga nada que ver con lo que el consumidor espera escuchar de él.

En este doble discurso, el político se convierte en una especie de doble de su propio papel. Hace poco me contaron una película sobre un doble que representa en una circunstancia determinada al presidente de Estados Unidos. Nuestros políticos —que deberían ser ciertamente actores sociales, pero en el sentido de agentes— se convierten en actores ante un auditorio. Representan un papel para que el consumidor pueda elegir al actor preparado de antemano y no al ser que realmente es, los ideales que realmente tiene, la plataforma que realmente va a utilizar en la práctica.

En este terreno de la verdad asistimos a muchos silencios; hay una especie de conspiración del silencio. No decir nada que pueda perjudicar el equilibrio de fuerzas, o que al hablar yo otros hagan lo mismo y esta caja de Pandora política pueda producir un desastre nacional, por una especie de reacción en cadena. En ese aspecto hay un silencio cómplice. También hay una verdad dicha con filtro, una verdad únicamente partidaria, una verdad que sistemáticamente alaba a una fracción y critica a otra o a todas las demás.

Esto sucede no sólo en el discurso político sino también en el discurso periodístico, lo que siembra la desconfianza en la gente. No es posible que los malos de la película sean tan malos ni que los buenos de la película sean tan buenos; debe haber una realidad intermedia. Evidentemente hay una realidad intermedia, pero en vez de decir la verdad, decimos lo que conviene. Es otro modo de faltar a la verdad, de caer en un silencio o en una forma de mentira.

Otro desafío que es necesario afrontar hoy es el de recuperar la participación de la ciudadanía. Por pautas de eficiencia y de eficacia vamos tendiendo a que las decisiones se tomen en grupos cada vez más reducidos, en núcleos de cúpula cada vez menores, que convocan muy poco la participación ciudadana. Esto no sólo para la toma de decisiones, sino para el quehacer del bien común a lo largo de los distintos períodos de gobierno. No es sólo el momento electoral o de un plebiscito el que cuenta, sino la realización de los proyectos en favor del bien común. Esto lleva no sólo tiempo sino también mucha gente, y es necesaria la adhesión ciudadana, la participación en este quehacer para poder llevar a cabo los planes y los proyectos.

Por último quisiera dejar un desafío que me parece muy pertinente esta noche. Y es revertir la tendencia del quehacer político de los partidos y de los ciudadanos políticos hacia el campo de la economía en exclusividad. Al principio en prioridad sobre los otros campos del quehacer, pero cada vez más en forma exclusiva.

Al desaparecer las utopías, al desaparecer los grandes desafíos, los grandes ideales, resulta que la propuesta es cómo obtener más rápidamente ciertos elementos que en lo material satisfacen nuestras necesidades básicas. Y el ser humano es mucho más que eso. El político evidentemente no es un líder religioso —es conveniente mantener los campos separados—, pero no puede ignorar la dimensión religiosa, la dimensión espiritual, la dimensión trascendente de todo ser humano. Y así como tenemos necesidades en el campo de la vida familiar, de la salud, de la educación, del techo, del trabajo, de una remuneración adecuada, también tenemos necesidades no materiales, insatisfechas en la sociedad actual. Y una propuesta que se escucha muy poco es justamente una propuesta de desarrollo integral del ser humano, que incluya estos aspectos y estas necesidades insatisfechas. Para captar la imaginación, para captar el espíritu, para captar el entusiasmo de los ciudadanos posibles votantes, pero sobre todo para captar la ilusión de la juventud, esta dimensión, la dimensión no material, la dimensión trascendente del ser humano, es imprescindible.

Dejo planteados entonces como desafíos para una política basada en la ética, este retorno a la centralidad de la justicia con la preocupación por el bien común, de la verdad por encima del doble discurso, de la participación por

encima de criterios de eficiencia y eficacia, criterios de mercado y de la prioridad de la atención a las necesidades no materiales por encima de la atención a la economía.

Quisiera terminar esta clase con una cita de la última encíclica del Papa, que recapitula en otros términos estas mismas cosas:

"En el ámbito político se debe constatar que la veracidad en las relaciones entre gobernantes y gobernados, la transparencia en la administración pública, la imparcialidad en el servicio de la cosa pública, el respeto de los derechos de los adversarios políticos, la tutela de los derechos de los acusados contra procesos y condenas sumarios, el uso justo y honesto del dinero público, el rechazo de medios equívocos o ilícitos para conquistar, mantener o aumentar a cualquier costo el poder, son principios que tienen su base fundamental en el valor trascendente de la persona y en las exigencias morales objetivas del funcionamiento de los estados. Cuando no se observan estos principios se resiente el fundamento mismo de la convivencia política y toda la vida social se ve progresivamente comprometida, amenazada y abocada a su disolución. Después de la caída en muchos países de las ideologías que condicionaban la política a una concepción totalitaria del mundo, existe hoy un riesgo no menos grave, debido a la negación de los derechos fundamentales de la persona humana y por la absorción en la política de la misma inquietud religiosa que habita en el corazón de todo ser humano. Es el riesgo de la alianza entre democracia y relativismo ético, que quita a la convivencia civil cualquier punto seguro de referencia moral, despojándola más radicalmente del reconocimiento de la verdad. Si no existe una verdad última, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentalizadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto. Así, en cualquier campo de la vida personal, familiar, social y política, la moral ofrece un servicio original insustituible y de enorme valor, no sólo para cada persona y para su crecimiento en el bien, sino también para la sociedad y su verdadero desarrollo" [Juan Pablo II: Veritatis Splendor, nº 101].

Y por hoy nada más.